

## Un camino que elegí y me eligió

Zuleyma Estefanía González Lozoya\*

Mi trayecto hacia la docencia se remonta a mi infancia, aproximadamente a los seis años, que es lo que más recuerdo. Solía jugar con mis primos a la escuelita, siendo yo la maestra; me gustaba enseñarles con mis libros y libretas. Esto coincide con muchas historias de personas cercanas a mí, donde la inquietud por enseñar surge desde pequeños mediante este tipo de juegos.

Con el paso de los años me acerqué más a la Iglesia y surgió la oportunidad de ser catequista. Durante mi adolescencia trabajé con niños en la catequesis, sin duda fue uno de los ejercicios que me hizo reflexionar sobre mi vocación. Disfrutaba mucho convivir con los niños, explicarles los temas, platicar con ellos y hacer materiales para sus actividades. El tiempo se me pasaba muy rápido y eso me hacía sentir que estaba en el lugar correcto.

Sin embargo, en el último año de preparatoria estaba muy confundida sobre lo que quería estudiar. Mis papás siempre me decían que era una profesión mal pagada y muy demandante. Cabe mencionar que mi papá también es maestro, por lo que hablaba desde su experiencia. Esto hizo que por un tiempo descartara esa idea y pensara en otras opciones como comunicación o psicología. Al no concretarse esos planes, decidí tomarme un año sabático para pensar mejor las cosas.

Durante ese año reflexioné mucho. Tenía miedo de equivocarme y de no encontrar algo que realmente me gustara. Recordaba mucho la frase: “que te paguen por hacer lo que te gusta”, pero aun así no lograba decidirme. Hasta que en un momento de lucidez me rebelé ante mis papás y les dije que quería ser maestra de primaria, como mi papá. Supongo que mi papá al verme lo frustrada que estaba, me dijo algo muy sabio: “ser maestro es muy cansado y tienes que ser consciente que la paga no es muy buena, pero sí te puedo decir que es una profesión muy noble, porque la mayor recompensa es cuando los niños y padres te lo agradecen”. Sus palabras, junto con lo que yo ya había vivido, me ayudaron a tomar la decisión.

Uno de mis mayores retos fue prepararme para ingresar a la Normal, ya que no tenía otra opción; era mi única oportunidad. Me preparé con mucho esfuerzo y, el día del examen, mis papás me acompañaron muy emocionados. Un mes después salieron los resultados y logré ingresar. Sin duda, fue una de las mejores etapas de mi vida, donde aprendí mucho y conocí personas muy valiosas.

Al egresar tenía muchas ganas de seguir preparándome, de querer comerme el mundo. Así que me inscribí en el diplomado para poder iniciar con la maestría, ya que ese siempre fue uno de mis objetivos. Sin embargo, me di cuenta de que las cosas no siempre salen como uno las planea. Considero que uno de los mayores retos en mi camino fue mi ingreso al servicio, porque ahí realmente confirmé si quería ser maestra.

Cuando me presenté para obtener la plaza quede en el lugar 324, veía tan lejos poder obtener un lugar cerca de mi lugar de origen, pero me mantuve siempre firme y pidiéndole a Dios que me mandara donde los niños me necesitaran. Finalmente se me dio aquellas súplicas que tanto pedía, en la primera plenaria tomé una temporal en una comunidad aproximadamente 1 hora de dónde vivía, para mí fue muy significativa porque fue la comunidad en donde mi papá también inició trabajando.

Llegué con muchas ganas de trabajar con alumnos, compañeros y padres de familia. Sin embargo, la experiencia no fue como esperaba. Aunque el recibimiento en la zona fue bueno, la relación con mi compañero de trabajo no lo fue desde el inicio. Cabe mencionar que la escuela era multigrado, por lo que pensaba que habría más unidad al ser sólo tres compañeros.

Durante las primeras semanas tuve que buscar cómo trasladarme, ya que no había transporte accesible. Logré organizarme con otro docente. Con el tiempo, fui notando problemas entre él y mi otra compañera, por lo que decidí no involucrarme, pero aun así la situación me empezó a afectar.

Desafortunadamente empaticé más con mi compañera, en un principio lo veía como un error, pero sabía que no estaba siendo fiel a mis valores y principios. Porque era consciente que las cosas no esta-

ban bien, pero yo seguía firme en no meterme y al final de cuentas eso repercutió de manera muy negativa en la forma en la que me comenzaron a tratar. Curiosamente compartía más tiempo con mi compañera porque teníamos un tema de interés que era el diplomado. Siento que esto fue una señal divina que Dios puso en mi camino, porque coincidir en el mismo diplomado con mi compañera era algo de no creerse ya que la conocí antes que a los demás.

Poco a poco el ambiente se volvió incómodo. Mi compañero realizaba acciones que me perjudicaban, como hacer reuniones en horarios que afectaban mi traslado. También invadía mi espacio en el aula y cuestionaba mi trabajo frente a los alumnos, lo cual me quitaba autoridad. Incluso llegué a sentirme vigilada, lo que me generó delirios de persecución. Fue tanto mi estrés que no pude continuar con el diplomado, dejé de hacer muchas cosas porque no podía con la carga administrativa y las comisiones.

Hubo momentos en los que pensé renunciar. Me sentía incapaz y dudaba de mí como maestra. Llegó un momento en el que tuve que hablar con mis papás y decirles que quería renunciar, y la respuesta de mis papás fue muy clara “renuncia”, “pero sí tengo claro que ese tipo de personas donde quiera las vas a encontrar, y no puedes estar huyendo siempre, tienes que enfrentarla porque es la única manera en la que te van a dejar de molestar”.

Afortunadamente seguía en la lista de la plenaria, liberaron espacios y pude lograr cambiarme. Como agradecimiento les llevé un pastel a mis alumnos, quería regresarles un poquito de todo lo que me dieron y me hicieron sentir, porque ellos fueron de un pilar fundamental para poder también seguir adelante esos días.

Ese día a la entrada dieron el toque y ningún alumno estaba dentro en el salón, esa situación me comenzó a dar mucho miedo y preocupación porque pensé que las mamás me iban a hacer algo. Pero cuando me asomé a la puerta estaban todas las madres de familia con los alumnos, traían regalos en sus manos, todas me agradecieron por el apoyo que les brindé a sus niños, me hicieron saber que era muy buena maestra y las puertas de la escuela siempre estarían abiertas para cuando quisiera regresar.

Ver esta situación fue un choque para mí. Me sentí muy bendecida porque no me fui con la idea de que no hice las cosas mal. En cuanto a mi compañero me dio una despedida muy cálida, me dijo algo que hasta la fecha me sigue dando vueltas en la cabeza “tú no tienes, ni tendrás la experiencia y preparación que yo tengo” y probablemente no, pero hay algo que si tengo, soy humana y si alguien es nuevo siempre le voy a tender la mano.

Actualmente trabajo en una escuela más cercana a mi casa donde me traslado en bicicleta y el ambiente es mucho mejor. Tengo compañeros que apoyan, alumnos comprometidos y padres de familia participativos. Aunque esa experiencia fue difícil, hoy la veo como un aprendizaje.

Y si me preguntaran si estoy en el lugar correcto, rotundamente diría que sí, el maestra es de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Estoy infinitamente agradecido por el apoyo que mis papás me han dado y, sobre todo, por la resiliencia que he tenido ante todas estas adversidades. Hoy mi dolor lo transformo en aprendizaje, aprendizaje que me ha ayudado a crecer y mejorar día con día.

\*Licenciada en Educación Primaria. Docente en la Escuela “Ignacio Ramírez”, Romita, Guanajuato. [ze\\_gonzalezl@bcenog.edu.mx](mailto:ze_gonzalezl@bcenog.edu.mx)